

TEMA 11

LOS TIEMPOS LITÚRGICOS (I)

LOS TIEMPOS “FUERTES”

1. Introducción

Presentaremos en este tema los tiempos llamados “fuertes” (Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua) que forman parte del Año litúrgico. Nos iremos exponiendo en el orden en el que cronológicamente van surgiendo históricamente. Comenzamos, por tanto, con el Santo Triduo Pascual y la Cincuentena.

2. El Triduo Pascual.

El santo triduo pascual de la pasión y resurrección del Señor es el punto culminante del año litúrgico de la Iglesia, ya que Jesucristo ha cumplido la obra de la redención de los hombres y de la perfecta glorificación de Dios principalmente por su misterio pascual, por el cual, muriendo, destruyó nuestra muerte y, resucitando, restauró la vida. Esta centralidad ha quedado plenamente manifestada en la renovación de las celebraciones pascuales llevada a cabo durante el pontificado de Pío XII (1951 y 1955), y en los resultados de la reforma auspiciada por el Concilio Vaticano II. Durante el santo triduo, la Iglesia celebra los grandes misterios de la redención, conmemorando los acontecimientos que jalonaron los últimos días del Señor. En los oficios litúrgicos, de gran belleza, las bienaventuradas Pasión y Resurrección del Señor se vuelven sacramentalmente presentes, para que los fieles renueven su vocación cristiana en la misma fuente de vida de la Iglesia y del mundo.

2.1. Orígenes

La expresión triduo pascual, relativamente reciente, se remonta a los años treinta del siglo XX; aunque ya a finales del siglo IV san Ambrosio hablaba de un *triduum sacrum*, refiriéndose a los tres días en que Cristo padeció, descansó y resucitó; y, algunos años más tarde, san Agustín mencionara un *sacratissimum triduum* de Cristo, crucificado, sepultado y resucitado.

La celebración litúrgica de la Pascua del Señor hunde sus raíces en la comprensión que la Iglesia posee de sus orígenes. Deslumbrada por la realidad histórica de la muerte y resurrección de Cristo y en obediencia al mandato expreso del Señor, la primitiva Iglesia advirtió la necesidad de celebrar litúrgicamente tales acontecimientos salvíficos, por medio de un rito memorial que los renovara sacramentalmente.

De este modo, durante los primeros compases de la vida de la Iglesia, la Pascua del Señor se conmemoraba cíclicamente en la asamblea eucarística convocada el primer día de la semana, día de la resurrección del Señor *-dominicus dies-* o domingo. Pero muy pronto, apenas en el siglo II, se sintió la conveniencia de reservar un domingo particular del año que, en consonancia con la fecha histórica de la pasión y resurrección de Cristo, celebrara este misterio de salvación. Llegados a este punto, la institución de un triduo sagrado era sólo cuestión de tiempo, cuando la Iglesia comenzase

a revivir los misterios Cristo de un modo mimético, hecho que acaeció en Jerusalén en el siglo IV, donde aún se conservaba la memoria del marco donde acontecieron los sucesos de la pasión y glorificación de Cristo.

Por otra parte, en el origen de la celebración del triduo pascual, dejó sentirse la influencia de la respuesta dogmática y litúrgica frente a la herejía arriana, que negaba el carácter divino de Jesucristo; reacción que supuso una atracción de la piedad de los fieles hacia la persona de Jesús - Hijo de Dios e hijo de María-, y su vida en la tierra.

2.2. Significado

La liturgia del triduo sacro se funda en la unicidad inescindible del misterio pascual de la pasión y glorificación de Jesucristo. Cada momento del triduo no debe considerarse aislado, sino en su mutua relación con los demás, de manera que toda su celebración tiene como punto central la santa Vigilia pascual. El triduo sacro es, pues, una Pascua celebrada en tres días.

La celebración del triduo pascual no constituye un simple recuerdo subjetivo de la muerte y resurrección de Cristo. Al contrario, por medio de los ritos pascales, los fieles reviven, en el presente siempre continuo de la Iglesia, los misterios salvíficos de la redención, participando de la pasión y glorificación del Señor, y accediendo a los tesoros de la gracia obtenida con el precio de su sangre.

Para unirse a esta efusión de vida, los fieles deben unirse, personalmente, a Cristo paciente y glorioso. De aquí que, como recuerda la Iglesia, durante estos días sea muy conveniente que cada cristiano muera al pecado y renazca a la gracia por medio de la recepción del sacramento de la Penitencia, de modo que avance en su camino de identificación con Jesús que, inocente, muere por los pecados de todos los hombres.

2.3. Celebración

Cada celebración del triduo presenta una fisonomía particular: la tarde del Jueves santo conmemora la institución de la sagrada eucaristía; el viernes se dedica entero a la evocación de la pasión y muerte de Cristo en la cruz; durante el sábado, la Iglesia medita el descanso de Jesús en el sepulcro; por último, en la Vigilia Pascual y el domingo de Resurrección, los fieles reviven la alegría de su resurrección.

La praxis litúrgica actual de la Iglesia romana considera que el Triduo da comienzo la tarde del Jueves santo, con la Misa *in cena Domini*, culmina en la Vigilia de la Pascua, y concluye con las vísperas del domingo de Resurrección. La ampliación actual del Triduo a la tarde del Jueves no rompe la unidad originaria en tres días, pues la celebración eucarística *in cena Domini* celebra, precisamente, la anticipación sacramental de la pasión y resurrección que Cristo instituyó ese mismo día.

2.4. Jueves Santo:

Con la misa vespertina *in cena Domini* se abren las celebraciones del Triduo sacro. La Iglesia de Jerusalén conocía ya, en el siglo IV, una celebración eucarística conmemorativa de la Última Cena, momento de la institución de la eucaristía, sacramento que actualiza el sacrificio de Cristo en la cruz. En los orígenes, esta celebración se desarrollaba sobre el Gólgota, en la basílica del martyrion, al pie de la cruz, y no en el cenáculo; hecho que confirma la relación originaria de la celebración eucarística con el sacrificio de la cruz. A finales de esa misma centuria, tal tradición era

ya vivida en muchas Iglesias occidentales, aunque habrá que esperar hasta el siglo VII para encontrar los primeros testimonios romanos.

La misa *in cena Domini* conmemora un triple misterio: la institución de la sagrada eucaristía, la institución del sacerdocio de la nueva ley, y el amor infinito de Cristo por los hombres con su mandamiento de la caridad fraterna, manifestado con el signo del lavatorio de pies. No obstante, los dos últimos misterios encuentran su fundamento en el sacramento de la eucaristía, fuente de todo don y máxima expresión de la entrega.

Terminada la celebración, la eucaristía es llevada de modo solemne hacia el lugar de la reserva, para que los fieles puedan adorar al Señor, verdadera, real y sustancialmente presente en el sacramento. Los cristianos son invitados a meditar y contemplar, siguiendo la lectura de los evangelios, los misterios de la pasión y muerte de Jesucristo. Pasada la medianoche, la adoración se hace sin solemnidad.

2.5. Viernes santo: celebración de la Pasión del Señor

El Viernes santo conmemora la pasión y muerte del Señor, de donde surge la denominación actual: Feria VI in *Passione Domini*. Dos documentos de venerable antigüedad -*Traditio Apostolica* y *Didaskalia Apostolorum*- testimonian que era práctica común entre los primeros fieles cristianos un ayuno en el viernes y sábado previos a la celebración de la Vigilia Pascual. Sin embargo, habrá que esperar hasta finales del siglo IV para encontrar, en Jerusalén, las primeras trazas de una celebración litúrgica de la pasión del Señor. Se trataba de una jornada dedicada íntegramente a la oración itinerante: los fieles se reunían en el cenáculo, veneraban la columna de la flagelación, y acudían al Gólgota, donde el obispo presentaba el madero de la Cruz. Durante las estaciones se leían profecías y evangelios de la Pasión, se cantaban salmos y se recitaban oraciones.

Los testimonios más antiguos de una liturgia del Viernes santo en Roma proceden, en cambio, del siglo VII: manifiestan dos tradiciones distintas, que han llegado a través del sacramentario Gelasiano (oficio presbiteral con adoración de la Cruz, liturgia de la Palabra y comunión con los presantificados: formas previamente consagradas) y del sacramentario Gregoriano (liturgia papal, limitada a lecturas bíblicas y a una plegaria universal).

El oficio romano actual, recuperado a partir de las reforma de Pío XII y del Concilio Vaticano 11, contiene los tres elementos de la antigua liturgia presbiteral romana: liturgia de la Palabra -que incluye tres lecturas y oración universal, elementos procedentes de la tradición papal-, adoración de la Cruz, y comunión con la eucaristía consagrada la tarde del Jueves santo.

La teología del Viernes santo es particularmente rica: durante este día, la Iglesia conmemora la pasión de su Señor y Esposo, adora su Cruz, recuerda su nacimiento del costado de Cristo y, por la plegaria universal, intercede por la salvación del universo.

El Viernes santo es, por tanto, para el cristiano, un día de esperanza y confianza en Dios, aún en medio del dolor. Los sufrimientos de Cristo atraen la benevolencia del Padre. La Cruz, símbolo del patíbulo y de la ignominia, es adorada: el instrumento de la humillación se convierte en el término de la gloria. El Viernes santo el cristiano se encuentra, de modo especial, con la Cruz, y recuerda así que, para ser fiel discípulo del maestro, debe tomar su cruz de cada día, pues sólo la cruz es la respuesta a las ansias de salvación y liberación de una humanidad que gime bajo el peso de los pecados. Por otra parte, en consonancia con la primitiva tradición de la Iglesia, el Viernes santo y, según la oportunidad, también el Sábado hasta la vigilia pascual, se vive el sagrado ayuno de la Pascua.

2.6. Sábado Santo.

El Sábado santo, denominado Gran Sábado por los cristianos de Oriente, honra el descanso de Cristo en el sepulcro, su descenso a los infiernos y su encuentro con cuantos esperaban la apertura de los cielos. Este día los cristianos se recogen en silencio y, mediante la oración y el ayuno, esperan la Resurrección del Señor. Por esta razón, la Iglesia no conoce reunión litúrgica alguna fuera de la celebración cotidiana de las Horas.

En los primeros siglos de la Iglesia, el Sábado santo se caracterizaba por ser un día de ayuno absoluto, previo a la celebración de las fiestas pascales. A partir del siglo XVI, con la anticipación de la vigilia pascual a la mañana del sábado, el significado litúrgico del día quedó completamente oscurecido - «sábado de gloria», se le denominaba popularmente-, hasta que las sucesivas reformas del siglo XX le han devuelto su originaria significación.

El Sábado santo debe un día de intensa oración, acompañando a Jesús en el silencio del santo sepulcro. En apariencia, la historia de Cristo ha terminado; la causa de Dios se ha perdido. Pero Jesús desciende a los infiernos para librar a los justos de la Antigua Ley, en premio a su vida de fe en las promesas mesiánicas. El cristiano, unido a los dolores de María, sabe que el silencio de Dios en el mundo es sólo aparente y se llena de esperanza para la vida futura.

2.7. Vigilia Pascual

La Vigilia Pascual, la noche santa de la resurrección del Señor, es considerada como «la madre de todas las vigiliass» (san Agustín). En ella, la Iglesia espera en atenta vela la resurrección de Cristo, y la celebra en los sacramentos de iniciación: bautismo, confirmación y eucaristía. Con la vigilia pascual, el triduo sacro y todo el año litúrgico alcanzan su centro, el punto donde confluyen las celebraciones anuales de los misterios de la vida de Cristo.

La celebración litúrgica de la Pascua del Señor se encuentra en los orígenes mismo del culto cristiano. Desde la generación apostólica, los cristianos conmemoraron semanalmente la resurrección de Cristo, por medio de la asamblea eucarística dominical. Además, ya desde el siglo II, la Iglesia celebraba una fiesta específica como memoria anual de la Pascua de Cristo, aunque las distintas tradiciones subrayen u otro contenido del misterio: Pascua-Pasión (se celebraba el plenilunio de primavera, 14 de Nisán según el calendario lunar judío, acentuando el hecho de la Cruz) y Pascua-Glorificación, que, privilegiando la Resurrección del Señor, se celebraba el domingo posterior al primer plenilunio de primavera, día la Resurrección de Cristo. Esta última práctica se impondría en toda la Iglesia desde comienzos del siglo III.

La Vigilia Pascual es el quicio de todo el misterio de la Pasión y Resurrección de nuestro Señor Jesucristo. La noche santa culmina el Triduo sacro, dando inicio, en su prolongación en el domingo de resurrección, al tiempo pascual. La vigilia comienza cuando Cristo aún descansa en el sepulcro y termina en la madrugada del día consagrado a la gloria de su resurrección. Por ello, su celebración debe acontecer una vez entrada la noche y antes del alba del domingo.

El contenido teológico de la vigilia pascual engloba, a un tiempo, el misterio de Cristo salvador y del cristiano salvado. De aquí que, a los misterios de la glorificación de Cristo y de la inserción del cristiano en su misterio pascual, mediante los sacramentos de iniciación, se añade la espera de la segunda venida, gloriosa, del Señor.

Hoy día, la vigilia pascual posee una estructura litúrgica articulada a partir de cuatro ritos de un hondo carácter simbólico: lucernario o liturgia de la luz, liturgia de la Palabra, liturgia bautismal y liturgia eucarística.

La liturgia de la luz encuentra su origen en el antiguo oficio del «lucernario», celebrado cada anochecer con la bendición de las lámparas. El rito actual simboliza a Cristo, luz del mundo, que con su muerte y resurrección vence a las tinieblas del pecado. El oficio de lucernario consta, a su

vez, de la bendición del fuego, la bendición y encendido del cirio, la procesión con el cirio encendido, y el canto del pregón pascual.

El fuego se bendice con una oración que conmemora la muerte y resurrección de Cristo como fuego de la luz de Dios. El cirio simboliza el cuerpo glorioso de Cristo: en él se graban la fecha del año y las letras «alfa» y «omega», para significar que Cristo es, al mismo tiempo, cumbre y resumen de toda la historia; y se introducen unos granos de incienso, expresión de las benditas llagas de Jesús doliente en la cruz, y por tanto de su humanidad. En su conjunto, el cirio encendido es un signo de Cristo resucitado que disipa las tinieblas del pecado. Durante la procesión con el cirio (figura de la columna luminosa que alumbraba a Israel en su peregrinación por el desierto), se encienden los cirios de los asistentes, para manifestar que los cristianos son hijos de la luz que viene: Cristo. El pregón pascual es una pieza lírica de alabanza al cirio y de acción de gracias por el beneficio de la luz. Con figuras poéticas describe el significado espiritual de la luz, en la noche alumbrada por la resurrección de Cristo, y alude a las grandes gestas salvíficas de Dios en la historia.

La liturgia de la Palabra consta de nueve lecturas. Las lecturas del Antiguo Testamento desarrollan los grandes temas de la historia de la salvación: creación (figura o anticipo de la nueva creación obrada por la muerte y resurrección de Cristo), sacrificio de Abraham (figura del sacrificio de Cristo, con el que se sella la Nueva Alianza), paso del mar Rojo (figura del bautismo), nueva Jerusalén (figura de la Iglesia y del Cielo) ... Acompaña a cada lectura una oración que explica y subraya el significado de los textos, a la luz del misterio de Cristo. Por su parte, las lecturas del Nuevo Testamento se centran en el bautismo, sacramento pascual de participación en la muerte y resurrección de Cristo. Por último, el Evangelio proclama los acontecimientos de la mañana del domingo pascual.

La Vigilia Pascual siempre se ha considerado un día consagrado al bautismo. De aquí que, aun cuando no haya nuevas incorporaciones sacramentales a la Iglesia, la liturgia bautismal deba siempre suceder a la liturgia de la palabra. Esta parte de la Vigilia consta de letanías, bendición del agua, bautismo (en su caso) y renovación de las promesas bautismales. Este último rito es un momento adecuado para reavivar en los fieles la conciencia de que el bautismo no es un acto pasajero, sino una realidad permanente, una vocación a la santidad que abarca toda su existencia.

La Vigilia alcanza su cima con la liturgia eucarística, máxima expresión del misterio pascual como reactualización de la muerte salvífica de Cristo. La oración sobre /as ofrendas relaciona la eucaristía con la nueva vida que nace de los sacramentos pascales; el prefacio se centra en el misterio pascual de la muerte y glorificación de Cristo, y la oración después de la comunión contempla a la eucaristía como el sacramento pascual que dona y exige la caridad fraterna universal.

3. La cincuentena pascual (Tiempo Pascual)

3.1. Visión histórica de conjunto.

Los primeros testimonios sobre lo que hoy llamamos 'tiempo pascual' se remontan al final del siglo segundo y principios del tercero, con san Ireneo (Galias), Hipólito (Roma), los *Acta Pauli* (Asia Menor), Orígenes (Alejandría) y Tertuliano (África), los cuales dejan constancia de la universalización de este tiempo. Todos ellos atestiguan, unos de forma más clara que otros, la existencia de un periodo unitario de tiempo que se prolonga durante siete semanas desde Pascua y es llamado Pentecostés. Se trata de un espacio indivisible de cincuenta días - no de un día- , al cual se le designa con diferentes expresiones (vg. 'espacio de Pentecostés', 'espacio gozosísimo', 'gran domingo', 'símbolo del tiempo futuro'). Las características principales de este periodo festivo le vienen de su equiparación al domingo; de ella derivan también sus privilegios, como el orar de pie,

no de rodillas, y el no ser tiempo de ayuno. El objeto de la Cincuentena era la exaltación de Jesucristo, la cual comprende, de modo unitario e indiviso, la Resurrección, las apariciones, la Ascensión, la donación del Espíritu Santo y la Parusía. Esta celebración unitaria del Misterio de salvación no está alterada aún por las indicaciones cronológicas de los escritos neotestamentarios, y, más en concreto, de Hechos 2; y todavía no ha hecho su aparición el afán de conmemorar el 'aniversario' de los acontecimientos de la vida del Señor.

A principios del siglo IV se inicia un cambio en esta concepción, salvo en la iglesia de Alejandría, donde durante los siglos cuarto y quinto se conservará esta forma unitaria y sin destacar más un día que otro. En este momento comienza a darse un cierto relieve al último día de la Cincuentena, si bien parece que al principio no rompía la unidad, pues no era un día festivo en sentido propio. Sin embargo, poco a poco fue adquiriendo una progresiva importancia y convirtiéndose, de hecho, en día de clausura de la Cincuentena, la cual quedaba enmarcada entre el comienzo - Pascua- y este día, que es llamado Pentecostés, como en la liturgia judía. Todavía no es una fiesta en sentido propio, sino un día de clausura, un día de síntesis de todo el contenido de la Pascua. Los factores que contribuyeron a resaltar este último día fueron dos: considerarle como día de culminación de todo el tiempo precedente - resaltando lo que cada una de las iglesias consideraba como el coronamiento de la obra salvadora de Jesucristo: la Ascensión o el envío del Espíritu Santo- ; y el influjo creciente de la cronología. Aunque en alguna iglesia se sitúa en ese día la celebración de la Ascensión, se irá reforzando la conmemoración de la venida del Espíritu; a ello contribuirá de modo decisivo la introducción de la fiesta de la Ascensión a los cuarenta días de Pascua.

A partir del fin del siglo cuarto y comienzos del quinto, la Cincuentena es despojada poco a poco de su carácter tradicional, gracias a la introducción de una serie de fiestas, vigiliyas y octavas, las cuales terminarán haciendo irreconocible el 'espacio gozosísimo'. La Ascensión se convierte en una fiesta en el sentido propio de la palabra, hecho que supuso una auténtica revolución en la concepción del Calendario cristiano y del Año litúrgico, porque, desde entonces, se fue abriendo paso, con fuerza creciente, el afán de convertir la fiesta en una especie de aniversario de los acontecimientos salvíficos. El resultado último de esta introducción de la Ascensión será que el último día de la Cincuentena se convierta en una solemnidad en sí misma, dedicada a conmemorar la venida del Espíritu Santo. Los primeros testimonios de Pentecostés, como fiesta dedicada a celebrar únicamente la venida del Espíritu Santo, se remontan a los siglos V-VI. La destrucción de la unidad de la Cincuentena se consumará cuando se agregue la octava de Pentecostés al periodo pascual; pero ya desde ahora, la exaltación de Cristo cuenta con tres grandes fiestas: Pascua, Ascensión y Pentecostés.

La octava pascual no debió implicar en los orígenes una división estricta en la Cincuentena, pues no era una octava de la fiesta de Pascua, sino un periodo dedicado a la iniciación de los neófitos en los sacramentos. Durante el siglo quinto, todo el Occidente celebraba la semana de Pascua bajo el doble aspecto de periodo de instrucción a los neófitos y prolongación de la fiesta de Pascua; en Roma prevaleció el segundo. De todos modos, en el Rito Romano la Octava presenta una gran unidad y se dedica preferentemente a presentar el misterio de la Resurrección y sus signos, sin descuidar los temas bautismales u otros temas relacionados con la actualización del Misterio en nosotros.

Con el fin de llenar el vacío entre los tres grandes núcleos de la celebración pascual: Resurrección, Ascensión y Pentecostés, se introdujeron los domingos de Pascua, los cuales formaron una especie de bloque con los seis de Cuaresma, dejando en el centro, naturalmente, el domingo de Pascua. Estos domingos romperían aún más la unidad de la Cincuentena, cuando se convirtieron en domingos después de Pascua.

Pero fue la introducción de las Rogativas, en los tres días anteriores a la Ascensión, la que culminó dicha ruptura, además de suponer el más grave quebranto de la Cincuentena, dado su carácter penitencial. Nacidas en la ciudad de Viena hacia el 470, en Roma no fueron introducidas hasta el pontificado de León III (795-816), aunque excluyendo el ayuno.

Por si no bastara este golpe, se instituyó la octava de Pentecostés (ss. VII-VIII), adición que supuso el aumento del número de cincuenta días y con ello la imposibilidad de hablar de Cincuentena.

El concilio Vaticano II y los libros posteriores han recuperado el rostro originario del Tiempo Pascual. Es verdad que el Calendario y los libros litúrgicos mantienen la Octava y la Ascensión y Pentecostés. Pero no como 'fiestas aniversario' sino integradas en el único Misterio de la exaltación de Cristo. Además, han sido suprimidas las Letanías, la vigilia de la Ascensión y la Octava de Pentecostés; y los domingos son de Pascua.

3.2. Teología y celebración

La resurrección de Cristo de entre los muertos, las apariciones a los suyos, las comidas del Resucitado con los discípulos, el don del Espíritu, el envío misionero de la Iglesia y la Parusía constituyen la Pascua cristiana en su plenitud y hacen de ella un Misterio indivisible. Por eso, la Cincuentena Pascual tuvo en sus orígenes un sentido unitario, que ahora se ha tratado de recuperar en los libros reformados, aunque, quizás, sin lograrlo del todo. Ciertamente, desde el punto de vista estructural han desaparecido la Octava de Pentecostés, las Rogativas y la vigilia de la Ascensión; pero sigue pesando, más de lo que sería deseable, la concepción de la fiesta-aniversario en el Calendario y en el Año litúrgico. No obstante, cabe decir que la actual Cincuentena tiene como dos epicentros: el de la Resurrección, al principio, y el del Espíritu Santo, al final. Pero bien entendido que uno y otro constituyen los 'momentos' más relevantes de la única exaltación de Cristo y, en consecuencia, son 'aspectos' indivisibles de la celebración del Misterio Pascual. Eso explica que la visión concreta de dicho Misterio que nos ofrecen los libros litúrgicos actuales de la misa, además de cristológica, sea también cristológico-trinitaria y eclesiológica y, más en concreto, pneumatológica, puesto que el Espíritu Santo desarrolla la economía salvífica en el Tiempo de la Iglesia. Por eso, la Cincuentena pascual es celebración del Tiempo de la Iglesia o del Tiempo del Espíritu, que es, a su vez, prolongación y plenitud del Tiempo del Resucitado.

En los textos de la parte central de la Cincuentena: desde el segundo domingo de Pascua hasta el séptimo inclusive, la perspectiva es esencialmente cristológica, gracias a los temas relativos a la manifestación del Señor Resucitado. Éste aparece en primer plano y siempre en relación con la comunidad en medio de la cual se hace visible y se da a conocer. Pero es precisamente en esta relación Señor-Iglesia donde se sitúa el Espíritu Santo, que aparece como el Don Personal de Cristo Resucitado a su Iglesia, Don que Él ha recibido del Padre para trasmitírselo a los bautizados. En esta parte de la Cincuentena -dentro de la cual se encuentra la Ascensión-, el Espíritu aparece como enviado no sólo por el Padre sino también por Cristo.

Desde el domingo séptimo, sin que se llegue a oscurecer lo demás, el tema del Espíritu domina completamente. Los temas son ahora, en contraste con el resto de la Cincuentena, mucho más variados, pues van desde los directamente eclesiológicos (la expectación de la Venida del Señor, la reunión de la Iglesia, la edificación del Templo nuevo, la Fe, la Liturgia y la Eucaristía), hasta los que se refieren a la acción del Espíritu Santo en el interior de los fieles (los dones del Espíritu, la iluminación, el perdón de los pecados, la inspiración para cumplir la voluntad divina), y a los que contemplan la obra del Espíritu Santo en el mundo como preparación de la gloria futura. Sin embargo, el domingo séptimo y parte de su semana están dominados por la inminencia de la Venida del Señor, que subió a los Cielos para volver de modo definitivo. El Espíritu Santo, como

Don Personal del Resucitado a su Iglesia, mantiene la expectación, asiste a la Esposa y la conduce al encuentro con el Esposo, a la vez que le permite gozar las primicias de ese encuentro, aunque sea bajo el velo del Misterio, en la celebración litúrgica. Esta perspectiva ha impedido que el periodo que antecede a Pentecostés se convierta en un 'tiempo' de preparación a la venida del Espíritu, y ha reequilibrado la situación; pues no se puede perder de vista la unidad dinámica del Misterio Pascual, que lleva a relacionar Pascua y Pentecostés, Resurrección y Venida del Espíritu.

Para no perder el sentido unitario de la Cincuentena, si a/ principio conviene insistir en la Resurrección, habrá que destacar también la presencia del Espíritu Santo en dicha Resurrección y el hecho de que el Espíritu es, precisamente, fruto de la misma. Así mismo, si a/ final se puede acentuar la función del Espíritu Santo en la Iglesia y en el corazón de los creyentes, hay que tener presente que la efusión del Espíritu es la coronación del Misterio Pascual y parte de él, y que el Espíritu viene para impulsar la actitud vigilante y escatológica de la Iglesia, mientras llega el encuentro definitivo con su Señor. La unidad de la Cincuentena quedará aún más reforzada si se pone de relieve la relación que existe entre el Señor Resucitado, que está sentado a la derecha del Padre, y la obra que el Espíritu Santo y la Iglesia realizan en el mundo. Finalmente, habrá que subrayar la unidad operativa de las tres Divinas Personas en todo lo que constituye el Misterio Pascual y, de modo especial, la figura y función del Padre; de este modo, resultará más fácil percibir la realidad de que todo procede del Padre y llega a nosotros por Cristo en el Espíritu, para retornar de nuevo al Padre por Cristo en el mismo Espíritu.

4. La Cuaresma.

La Cuaresma es un tiempo en el que la Iglesia se prepara a la celebración del Triduo pascual. Actualmente comienza el Miércoles de Ceniza y consta de cinco domingos, el Domingo de Ramos y los cuatro primeros días de la semana santa y concluye el Jueves Santo antes de la Misa de la Cena del Señor. Durante el tiempo cuaresmal los catecúmenos se preparan inmediatamente a celebrar los sacramentos de la iniciación cristiana y los fieles cristianos se disponen a vivir la Vigilia pascual con espíritu bautismal y penitencial.

El nombre de cuaresma proviene del número cuarenta. En la Biblia es un número simbólico vinculado a los grandes acontecimientos de la historia del pueblo de Dios. Cuarenta días duró el diluvio; Moisés permaneció cuarenta días en el Sinaí; cuarenta años anduvo el pueblo hebreo por el desierto, camino de la tierra prometida; Elías caminó cuarenta días hacia Horeb; Jonás predicó durante cuarenta días la conversión y penitencia en Nínive. Influyó sobre todo el hecho de que Jesús permaneciera cuarenta días en el desierto en oración y ayuno.

La Cuaresma está organizada a partir del s. IV. En el s. 11 se ayunaba dos días como preparación a la Pascua. Posteriormente, se prolongó el ayuno a una semana, a tres y a cuarenta días con el fin de imitar a Jesús en el desierto.

El origen de la Cuaresma romana no se sabe con certeza cuando surgió. Se fue formando progresivamente por la influencia de otras Iglesias. San Jerónimo en una carta del 384 habla ya de la Cuaresma romana que se caracteriza por el ayuno (Epist 24, 4; PL 105, 1295-1296). En este mismo siglo existen testimonios de un tiempo prepascual de cuarenta días. El período áureo transcurre entre los siglos IV al VII-VIII, caracterizado por el sentido catecumenal-bautismal y penitencial. Cuando desaparece el catecumenado se perdió en parte su sentido bautismal y permaneció casi exclusivamente el penitencial hasta el concilio Vaticano II.

El Vaticano II ha renovado este tiempo con una nueva vitalidad. La constitución *Sacrosanctum Concilium* en el número 109 propone que se restauren las características propias de la Cuaresma perdidas con el tiempo, se recupere el triple sentido pascual, bautismal y penitencial y recomienda al pueblo cristiano que escuche asiduamente la palabra de Dios, ore y practique el

ayuno externo e interno, individual y social para llegar con gozo al domingo de Resurrección. La constitución litúrgica cierra un largo paréntesis histórico en el que solamente se acentuaba el aspecto penitencial.

La reforma litúrgica restaura la estructura interna de la Cuaresma haciéndola más lineal y progresiva; recupera los grandes temas tradicionales y reorienta el sentido penitencial desde la clave pascual y bautismal.

El día primero de la Cuaresma, la Iglesia se pone en camino hacia la Pascua. Es un tiempo establecido por Dios, un tiempo de gracia y de misericordia en el que el fiel cristiano es invitado a intensificar la conversión, a prepararse a renovar las promesas bautismales, a configurarse cada día más con Cristo, muerto y resucitado. La eucología de este tiempo tanto del Misal como de la Liturgia de las Horas, es rica en contenido, expresiva en el lenguaje y sobria en su estilo.

La eucología acentúa el aspecto catecumenal-bautismal. Por una parte, los catecúmenos, llamados iluminados o competentes, se preparan inmediatamente a los sacramentos de la Iniciación cristiana que celebrarán en la Vigilia pascual. Por otra, los ya bautizados se disponen a renovar sus promesas bautismales. Cada día de la Cuaresma se debe vivir la triple renuncia y la triple confesión de fe para que en la Vigilia, al renovar las promesas, no consista en una pura fórmula rutinaria, sino que esté respaldada por una experiencia cotidiana de renuncia y de creencia.

Otro aspecto es el espíritu de conversión y de penitencia. Antiguamente, el día primero de Cuaresma, los pecadores públicos iniciaban la penitencia pública y el Jueves santo por la mañana eran perdonados y se incorporaban otra vez a la comunidad. La Cuaresma ha mantenido siempre el espíritu penitencial. Es tiempo de conversión, de desandar el mal camino y volver a los brazos misericordiosos del Padre. Reconocerse pecador, confesar el pecado y celebrar el sacramento de la penitencia es una tarea de todo el año, pero en Cuaresma adquiere un sentido especial. Además, la comunidad cristiana está llamada a realizar obras de penitencia principalmente por medio del trinomio clásico: ayuno, limosna y oración como atestiguan los Padres en sus homilias. El ayuno consiste en la privación voluntaria de alimentos y, sobre todo, la privación de gustos, caprichos, etc. que no siendo malos en sí, ayudan al espíritu. La limosna consiste en dar de lo nuestro a quien lo necesita y compartir los bienes con los pobres de la sociedad. También significa darse a los demás en servicio de caridad. La Cuaresma, tiempo de desierto, favorece la oración, la escucha y meditación de la palabra de Dios. La oración se proyecta en obras de caridad y de compromiso evangélico.

El leccionario dominical del tiempo de Cuaresma tiene dos polos: la lectura del AT y del evangelio, en cambio, la segunda lectura se armoniza unas veces con la primera y otras con el evangelio. Las primeras lecturas de los cinco domingos están entresacadas del AT y presentan las grandes etapas de la marcha de la humanidad hacia la Pascua de Cristo. Las lecturas de los tres ciclos admiten una lectura horizontal y una lectura vertical. La lectura horizontal de los tres ciclos se centra en las líneas generales de la historia de la salvación, que es el tema propio de la catequesis cuaresmal. El primer domingo se denomina de las alianzas (la caída y promesa de salvación, la alianza con Noé, la profesión de fe del pueblo elegido), el segundo el de Abrahán (la vocación de Abrahán, el sacrificio de su hijo Isaac, la alianza de Dios con Abrahán), el tercero el de Moisés (Moisés golpea la roca, la Ley dada a Moisés, Dios revela su nombre a Moisés), el cuarto domingo el del pueblo de Dios que vive en la Tierra prometida (David, el exilio y retorno, la Pascua de la tierra prometida) y, finalmente, el quinto domingo es el de los profetas (Ezequiel, Jeremías y Isaías).

La lectura vertical de los evangelios presenta las tentaciones de Jesús en el primero y la transfiguración en el segundo, en los tres ciclos. Para los tres domingos siguientes, el ciclo A ofrece los grandes evangelios de la catequesis bautismal: Cristo pide agua a la samaritana, la curación del ciego de nacimiento y la resurrección del Lázaro. El ciclo B pone de relieve los aspectos pascuales

de la Cuaresma: destruid este templo y en tres días lo levantaré, la exaltación de Cristo por medio de su elevación en la cruz, y el grano de trigo que debe morir para dar fruto. Y el ciclo C revela la misericordia del Señor cuando invita a la conversión: si no os convertís, pereceréis, la parábola del hijo pródigo, la mujer adúltera.

Las segundas lecturas son de las cartas de san Pablo, menos dos, y han sido escogidas para que se relacionen con la primera y sobre todo con el evangelio.

En el Leccionario ferial, la primera lectura y el evangelio se relacionan entre sí y ambas ofrecen los temas que son propios de la catequesis y de la espiritualidad de este tiempo. Proponen el itinerario que el catecúmeno y el fiel cristiano deben recorrer para llegar a la Pascua. Prevalecen los temas del combate espiritual y la conversión, de la oración y la escucha de la palabra de Dios, de la penitencia y la caridad fraterna, del anuncio de la pasión y de la resurrección.

La Cuaresma es un éxodo espiritual hacia Dios; es una recuperación del sentido del desierto para la escucha de la palabra y la renovación de la alianza bautismal. En el desierto se come el pan eucarístico, nuevo maná para la Iglesia, y se renueva la identidad cristiana y la pertenencia a la Iglesia como bautizados. Es el tiempo de la conversión y de la misericordia divina, de la penitencia y de la gracia divina.

5. El ciclo de Navidad-Epifanía.

Navidad y Epifanía fueron originariamente una sola fiesta con un objetivo común: la Encarnación del Verbo. No obstante, se celebraba en fechas distintas, pues Oriente lo hacía el 6 de enero, mientras que Occidente lo hacía el 25 de diciembre. A finales del siglo IV y principios del V se dividen en dos fiestas con contenidos diversos.

5.1. Navidad.

5.1.1. Historia.

La primera noticia histórica sobre esta fiesta se encuentra en el cronógrafo copiado por Dionisio Filócalo el 354, aunque se remonta al 336. Esta especie de 'calendario romano', que contiene la *depositio martyrum* y la *depositio episcoporum* de la Iglesia de Roma, dice expresamente que «el día octavo de las kalendas de enero nació Cristo en Belén de Judá»; noticia que comporta que el 25 de diciembre se celebraba en Roma una fiesta de Navidad o Nacimiento de Jesús. Se han manejado diversas hipótesis para explicar el motivo de elegir el 25 de diciembre. Las más razonables son estas tres: a) Navidad es una réplica de la fiesta pagana del Sol Invicto establecida el 275 por el emperador Aureliano en el solsticio de invierno, para contraponer al nacimiento del Sol el nacimiento de Cristo, sol de justicia; b) Navidad es la fecha que debía celebrar el Nacimiento, dado que la concepción de Jesús -según el cálculo de la fecha de su muerte- habría tenido lugar un 25 de marzo; y e) Navidad es la fiesta que nace como consecuencia de las definiciones dogmáticas del Concilio de Nicea y trata de afirmar y difundir la fe auténtica en el misterio de la Encarnación. Esta parece la más razonable, pues su difusión fue tan rápida, que a finales del siglo IV se celebraba en el norte de África, España, Constantinopla, Capadocia, Antioquía, etc.

5.1.2. Liturgia, teología y espiritualidad.

Lo que no deja lugar a dudas es que, desde el siglo V, la liturgia papal comprendía tres estaciones el 25 de diciembre: Santa María la Mayor, a medianoche; Santa Anastasia, al amanecer, y San Pedro, entrado ya el día. Las tres celebraciones se difundieron con los libros

litúrgicos romanos, aunque habían nacido en momentos distintos. Las fiestas de san Esteban, san Juan evangelista y los Inocentes se introdujeron en la liturgia romana durante el siglo VI, si bien ya se celebraban en la iglesia de Siria en el siglo IV. Esta situación ha pervivido a lo largo de los siglos y la misma liturgia actual ha mantenido sustancialmente su planteamiento, aunque lo ha enriquecido notablemente con textos y con algunas celebraciones, como la misa de la Vigilia, la recuperación de la fiesta de la Maternidad divina de María el 1 de enero, la fiesta de la sagrada Familia, trasladada al domingo después de Navidad, y el mayor relieve dado al Bautismo de Jesús.

El tiempo de Navidad se extiende desde las primeras vísperas de la Natividad hasta el domingo siguiente al 6 de enero, día de la Epifanía.

Navidad es la fiesta que celebra el comienzo del misterio de la salvación, el *sacramentum nativitatis Christi*, como lo llama san León; ella es, en efecto, la que hace presente el comienzo de todo lo que se realizó en la carne de Cristo para nuestra salvación. Navidad es también la celebración del misterio de la Encarnación, el misterio de la «manifestación del Señor en la carne» como dice san León y como confiesan, de una manera u otra, los textos de la liturgia actual. Celebra también el admirable intercambio entre Dios y los hombres: Dios se hace hombre para que el hombre llegara a ser Dios; es el 'misterio de la divinización del hombre', del que hablan los Padres orientales. Por todo ello, Navidad ha de celebrarse en la perspectiva de la Pascua, desde cuya luz se descubre toda la hondura del misterio de la encarnación, como confesamos en el Credo: «por nosotros los hombres, y por nuestra salvación bajó del Cielo ... y se hizo hombre, y por nuestra causa fue crucificado ... , y sepultado, y resucitó al tercer día ... y subió al Cielo y está sentado a la derecha del Padre».

5.2. Epifanía.

5.2.1. Historia.

El término griego epifanía significaba autonotificación, entrada poderosa en la notoriedad, y se refería a la llegada de un rey o emperador, aunque también podía indicar la aparición o intervención maravillosa de una divinidad. No es extraño, pues, que en Oriente sirviera para designar el nacimiento de Jesucristo, su aparición en la carne.

La primera noticia de la fiesta celebrada en medios ortodoxos procede de san Epifanio, en la segunda mitad del siglo IV, y se refería al nacimiento humano y encarnación perfecta del Verbo. Pero ya antes era celebrada por los gnósticos basilidianos el 6 de enero, probablemente como réplica cristiana a la fiesta pagana del solsticio de invierno, a semejanza de lo que habían hecho en Occidente con la Navidad. La elección del 6 de enero, trece días después del 25 de diciembre, se debería a que entonces era más patente el aumento de luz solar.

Desde Oriente, donde se extendió rápidamente, pasó a Occidente, primero a las Galias Galias (a.361) y España (a.380) y luego a Roma, siendo las homilias de san León Magno (440-461) la primera noticia segura de su celebración en la Urbe. Sin embargo, en Occidente cambió de significado y vino a ser la fiesta de la «revelación de Jesús al mundo pagano», cuyos prototipos eran los Reyes Magos, peregrinos a Belén para adorar al Salvador recién nacido. A este acontecimiento se unía el recuerdo del Bautismo de Jesús y su primer milagro en Caná. Cuando la Navidad comenzó a celebrarse en Oriente, trajo consigo un cambio del primitivo contenido de la

fiesta de Epifanía, pues, además de la clásica aparición según la carne, conmemoraba también el Bautismo del Señor.

La fiesta de Epifanía fue elegida en la antigüedad cristiana para el anuncio de la fecha de la próxima Pascua. En Oriente y en España era un día bautismal.

El Bautismo del Señor cierra actualmente este tiempo. Ha sido trasladada desde el 13 de enero, día en que la había situado el calendario romano de 1960, al domingo siguiente al 6 de enero. Inmediatamente después, comienza el Tiempo ordinario.

5.2.2. Liturgia, teología y espiritualidad.

El prefacio de la misa actual señala con claridad cuál es el objeto de la celebración: <<Hoy has revelado en Cristo, para luz de los pueblos, el verdadero misterio de nuestra salvación; pues, al manifestarse Cristo en nuestra carne mortal, nos hiciste partícipes de la gloria de su inmortalidad" . Por otra parte, el formulario del Misal y de la Liturgia de las Horas insiste en la universalidad de la salvación. Navidad de Cristo, el misterio esponsal de Cristo que se une a la Iglesia para purificarla y santificarla y el misterio de la Iglesia misionera, constituida como signo e instrumento para congregar y unificar a los hijos de Dios dispersos.

5.3. A modo de síntesis.

El ciclo de Navidad-Epifanía es el de la manifestación del Señor que ilumina al mundo. Dios se manifiesta por la Encarnación del Hijo en el seno virginal de María por obra del Espíritu Santo. Esta Encarnación tiene por objeto y finalidad la redención de todos los hombres, la cual es un admirable intercambio en el que el hombre salvado llega a participar de la dignidad e inmortalidad de Dios. Por eso, las fiestas de Navidad y Epifanía son las fiestas del 'comienzo de la redención': saludamos y celebramos ya al Redentor y a la obra que realizará en plenitud con su Pascua, pues su naturaleza humana es el 'instrumento de la redención'. Por eso, más que unas fiestas de aniversario del nacimiento de Cristo, son las fiestas de su manifestación al mundo como Salvador. El Espíritu Santo creó su naturaleza humana en el seno virginal de María, asumiendo la humildad de nuestra carne; al aparecer con ella en su nacimiento, se presentó al mundo como su verdadero y único Redentor.

6. El Adviento.

6.1. Historia.

Adviento es una castellanización del latino *adventus*=llegada, y designa, en la liturgia de la Iglesia de Occidente, el tiempo de preparación a la Navidad. Sus orígenes y sentido son dudosos, aunque es cierto que se trata de un tiempo litúrgico típicamente occidental, puesto que Oriente posee tan sólo unos días como preparación para la Navidad. Los primeros testimonios se refieren a las antiguas iglesias de Hispania, en las que, según prescribe el concilio de Zaragoza del 380 (c. 4), había que frecuentar la iglesia desde el 17 de diciembre hasta la Epifanía. Un siglo más tarde (a. 490), Perpetuo de Tours prescribe un ayuno de tres días por semana desde la fiesta de san Martín hasta la Navidad. El Adviento en Roma se desconoce antes del siglo séptimo. La duración osciló entre cuatro (romana) y seis (ambrosiana) semanas; sólo a partir del siglo VIII-IX se estableció que fuesen cuatro, número que ha mantenido la liturgia del Vaticano II. La liturgia actual ha hecho una síntesis entre la doble tendencia que parecen atestiguar los testimonios: la preparación a la Navidad o la preparación a la venida escatológica de Cristo, uniendo ambas orientaciones de este modo:

desde el comienzo hasta el 16 de diciembre incluido, se pone el acento en la última venida de Cristo; en cambio, desde el 17 al 24 de diciembre se acentúa la preparación a la Navidad. Esta realidad está especialmente patentizada en los prefacios y en la segunda lectura de la Liturgia de las Horas.

6.2. Liturgia, teología y espiritualidad.

El Adviento actual está marcado por tres personajes: Isaías, Juan el Bautista y María. La presencia de Isaías se remonta a una antiquísima y universal tradición, debido a que en él, más que en ningún otro profeta, resuena el eco de la gran esperanza mesiánica que alienta y sostiene al pueblo de Dios en los momentos difíciles y más trascendentales y, por ello, constituye un anuncio de esperanza para los hombres de todos los tiempos. Juan, el último de los profetas del AT, resume en su persona y mensaje toda la historia precedente, cuando ésta llega a su punto culminante. Como Precursor del Mesías tiene la misión de preparar los caminos del Señor (Is 40, 3) y, sobre todo, señalar a Cristo ya presente en medio de su pueblo (Jn 1, 29-34). Finalmente, María aparece en el Adviento como una figura sobresaliente que emerge desde la misma entraña de la celebración, en cuanto que «Si del antiguo adversario nos vino la ruina, en el seno de la Hija de Sión ha germinado Aquél que nos nutre con el pan de los ángeles y ha brotado para todo el género humano la salvación y la paz,, de modo que «la gracia que nos arrebató Eva, nos ha sido devuelta en María»; además, «en Ella, madre de todos los hombres, la maternidad, redimida del pecado y de la muerte, se abre al don de la vida», y «así, donde había crecido el pecado, se ha desbordado» la misericordia «en Cristo, Salvador nuestro» (Prefacio IV de Adviento). La presencia de María se proyecta sobre todas las celebraciones de Adviento, pero de modo especial su figura aparece en la celebración de la Liturgia de las Horas -en la que encontramos muchos y selectos textos bíblicos y eucológicos, y páginas bellísimas de escritores eclesiásticos-, y en las misas propias de los días 17 al 24, donde todo gira alrededor de Ella.

En esta perspectiva hay que enmarcar la solemnidad de la Inmaculada, que no es un paréntesis o una ruptura de la unidad de este tiempo litúrgico, sino parte del misterio. María Inmaculada, en efecto, es el fruto más espléndido de la venida redentora de Cristo y el prototipo de la humanidad redimida, así como el «comienzo e imagen de la Iglesia, Esposa de Cristo llena de juventud y hermosura» (Prefacio de la solemnidad).

Adviento evoca, ante todo, la presencia de Dios en la historia para salvarla y llevarla a la plenitud de los hijos de Dios; la presencia de un Dios que se revela en plenitud como un Dios de amor, despojado de toda apariencia de poder y de gloria. Junto a esta dimensión histórico-salvífica, Adviento aparece como un tiempo que privilegia la dimensión escatológica del misterio cristiano. La historia es, ciertamente, el lugar donde se revela y realiza la salvación; pero la historia no es el lugar de la revelación y salvación totales y definitivas. Éstas sólo acontecerán más allá de esa misma historia, cuando Cristo venga al encuentro de sus elegidos para otorgarles la herencia plena y eterna que les había prometido. La Iglesia del Adviento vive así en la tensión del 'ya pero todavía no' de la salvación, sintiéndose 'ya' salvada pero 'todavía' no del todo, y, por eso, celebrando y anhelando la llegada definitiva del Esposo, que se convierte así en la roca inquebrantable de su esperanza.